



Pedro Casani **“pobre”**

*Una opción radical
por la educación*

Antonio María Perrone

Antonio María Perrone

Pedro Casani “pobre”

Una opción radical por la educación

 **EDICIONEScalasancias**
www.edicionescalasancias.org

Pedro Casani “pobre”. Una opción radical por la educación
Autor: Antonio María Perrone Sch. P.



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

1ª edición 1995

2ª edición 2020. Reeditado en conmemoración del 25 aniversario
de la Beatificación de Pedro Casani

Traducción: P. Severino Giner Sch. P.

Traducción del original en italiano “Pieto Casani Povero. Una
scelta radicale per l’educazione” (Roma, 1995)

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pedro Casani “pobre”

Una opción radical por la educación

Índice

¡Creo en la comunión de los Santos!	9
Actualidad de los Santos	13
Pedro Casani	15
Ambiente familiar (1572-1594)	17
En la Congregación Luquesa (1594-1617)	19
En las Escuelas Pías (1617-1647)	27

Tras la muerte del P. Casani, San José de Calasanz ordenó que se recogieran cuantos testimonios hubiera sobre su ejemplar vida cristiana, mas la Causa de su Canonización no se empezó hasta 1905.

El 22 de enero de 1991 el Papa Juan Pablo II declaró la heroicidad de sus virtudes teologales y cardinales, nombrándolo «Venerable».

El 15 de diciembre de 1994, concluidos por el Vaticano todos los estudios necesarios, el mismo Juan Pablo II declaró, ante la Congregación para las Causas de los Santos *«que consta del milagro realizado por Dios, intercediendo el Venerable Siervo de Dios Pedro Casani de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María, Sacerdote Profeso de la Orden de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías (PP Escolapios), esto es de la perfecta y permanente curación de Helena Szoës de (la peste bubónica con grave síndrome neurológico)»*, ocurrido en Hungría en octubre de 1738.

El 1 de octubre de 1995, en la plaza de San Pedro de El Vaticano, es proclamado «Beato» por Juan Pablo II, junto a otros 13 escolapios y a otros muchos cristianos; todos los demás eran mártires de la Revolución Francesa o de la persecución religiosa desatada en España en 1936. Como fecha litúrgica de su memoria se escogió el 16 de octubre.

¡Creo en la comunión de los Santos!

Me gusta el tema. Me gusta y apasiona. Gustar, aquí, vale tanto como «saborear», «paladear». Es éste un tema -lo digo con simplicidad- vivido. Entra, pues, de lleno en el credo que, gracias a Dios, da, ha dado sentido a mi vida.

Uno lo encuadra fácilmente. Cae de lleno en el epígrafe: *Creo en el Espíritu Santo*, y en la gran obra del Espíritu que es la Iglesia y, ésta, como Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios y Templo del Espíritu Santo. Precisamente la parte del credo donde el dogma deviene espiritualidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice: «¿Qué es la Iglesia, sino la asamblea de todos los santos?» (Nicetas, symb. 10). «La comunión de los santos es precisamente la Iglesia» (n. 946). Y sigue: «Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros... Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia». Más aún: «Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común». «La expresión «comunión de los santos» tiene entonces dos significados estrechamente relacionados: *comunión con las cosas santas y comunión entre las personas santas*.

La santidad es una de las palabras que me produce cada vez más respeto. Y descalzo mi espíritu ante el Dios santo, santo, santo. Y cada vez entiendo mejor aquello tan profundamente calasancio del «santo temor de Dios». Es un temor que no me atemoriza, más bien me abre el pozo sin fondo del misterio del Dios muy Otro.

Comunión de los santos; también está, más allá de lo canónico, quizás. Son los juegos del Espíritu.

Es tan simple: *Dios, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible*. De todo lo invisible. ¡Y es tanto!... una geografía por explorar, que sólo se atisba con el estremecimiento, la sorpresa y la estupefacción. Mundo más mundo que el usual, mucho más apasionante y tentador que la orografía o la volumetría de las cosas regidas por las tres dimensiones...

No es una profesión -esta mía- «anti-ilustración», ¡por Dios! Es la percepción, la inquebrantable exigencia del «hay más», o el orteguiano «no es eso, no es eso». Con lo fácil que es pactar que todo tiene su misterio; no digamos el mundo de las personas. Dios es todo en todos. Con decir esto solo, ya va dicho todo.

Pues sí, comunión de bienes espirituales, comunión de los santos, de los beatos, de los venerables, de los siervos de Dios y de todo el pueblo llano que somos nosotros. Hay un parentesco que va más allá del de la carne y la sangre, tan verdadero, tan entrañado, tan eficaz y conmovedor que podríamos sostener nuestra vida cristiana entera con sólo expresar tan gozosa maravilla.

Remansemos un poquitín el discurrir de las aguas.

Ya es hora del magnificat, porque el Señor hizo en todos nosotros tales y tan grandes maravillas (Lc. 1,46ss). En el reino del Espíritu la piel no es nunca frontera, sino relación, cercanía. Lo querría simbolizar. La comisión organizadora del Año Universal de la Familia en 1994 lo dijo así: *un corazón dentro de un corazón*. Algo intuye, por experiencia vivida en la propia familia, quien ha tenido el gozo de comprobar en los suyos que toda paternidad viene de Dios, está hecha a su imagen y semejanza...

Somos hijos, hermanos de comunión, en trasvase permanente, vasos comunicantes a lo divino. Así -por Cristo, con El y en El y en todos sus santos- *vamos de gracia en gracia y de gloria en gloria*.

Decía enigmáticamente S. Pablo: «Nuestra conversación está en los cielos». Y nos apellidaba «*domestici fidei*», señalando que la fe nos hacía copartícipes de un mismo hogar, donde todo es común (Hech. 4, 32). «Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás... El menor de nues-

tros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos» (Cat. Ecles. n. 953).

Bendita comunión de los santos, que puebla nuestro vivir de divinos encuentros; y no nos son extraños ni los aleteos de ángeles, ni el que Santa Teresa del Niño Jesús pase la vida del cielo asomada y lanzándonos rosas, es un decir. «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra»...

«La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales» (L.G. 49). «Por el hecho de que los del cielo están tan íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad... no dejan de interceder por nosotros ante el Padre» (L.G. 49).

Y concluyo: «No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios» (L.G. 50).

¡Oh, hermanísimo hermano Pedro Casani, te siento, te paladeo cercano, patrimonio escolapio, espléndida renta de nuestra peculiar comunión de los santos! En espera de poderte divinamente «mo-tear» como beato, ya lo eres desde ahora y para siempre en el corazón mismo de las Escuelas Pías. ¡Ruega por nosotros!

Roma, 25 de junio de 1995
Josep María Balcells, Padre General

Actualidad de los Santos

(introducción)

Desde 1647, año de la muerte del Beato Pedro Casani, hasta 1995, año del solemne y definitivo reconocimiento de su santidad por parte de la Iglesia al proclamarle Beato, han pasado casi tres siglos y medio. Exactamente 348 años. Lo que basta y sobra para considerar desfasada y apenas interesante para nuestra época y nuestra sociedad, con todos sus problemas y sus tensiones, la figura de un hombre que vivió en situaciones socio-culturales y eclesiales totalmente diferentes.

La sociedad y los problemas socio-políticos y religiosos del período que cabalga entre los siglos XVI y XVII -Pedro Casani nació en Luca el 8 de septiembre de 1572 y murió en Roma el 17 de octubre de 1647- son realidades ampliamente superadas por la imparable evolución de la historia. Podrán ser objeto dignísimo de estudio, de profundización y con frecuencia de admiración también por los extraordinarios objetivos alcanzados por el hombre en campos importantes de su historia, pero no pueden ofrecer indicaciones a los hombres del 2000, a sus intereses, a sus aspiraciones, a la solución de sus problemas y al mejoramiento de las actuales condiciones de vida.

Todo esto es cierto si nos referimos a los aspectos materiales y económicos de la sociedad, o a las estructuras organizadas de la vida social, con los que el hombre intenta regular la propia existencia estrictamente ligada a la contingente disponibilidad de recursos materiales; pero no puede aplicarse a aquellas realidades profundamente humanas, referentes a los valores del espíritu, cuya presencia y desarrollo no están ligados a la inexorable ley del tiempo.

Refiriéndonos concretamente a los valores cristianos, al mensaje espiritual del Evangelio, que desde hace dos milenios es *sal y luz del mundo*, podemos decir que la actualidad de la experiencia humana fermentada por ellos es directamente proporcional a la intensidad de su presencia en el corazón del hombre. En este sentido los *santos* -no sólo los canonizados- son tanto más actuales cuanto más radicalmente han acogido y vivido en su experiencia terrena las palabras del Evangelio. Ellos participan, en cierto modo, de aquella perenne vitalidad del espíritu que expresó Jesús con esta taxativa afirmación: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt. 25, 35). Ciertamente habrá que hacer, también respecto a ellos, aquella labor de despojo de todo lo caduco y contingente -modalidades de lengua. Y de comportamientos estrictamente ligados a la cultura mudable del tiempo- para quedarnos con el genuino testimonio de aquellos valores que creemos profundamente necesarios, incluso por exigencias de nuestro tiempo.

En esta perspectiva nos acercamos hoy a Pedro Casani, con ocasión de su Beatificación, poniendo de relieve los sucesos principales de su vida, los ideales que le movieron a opciones definitivas y le guiaron en su entrega religiosa y sacerdotal, aun en situaciones difíciles, hacia la cumbre de la santidad.

Pedro Casani

Al fin de su vida (Roma, 17 de octubre de 1647), Pedro Casani había madurado ciertas experiencias singulares en diversas situaciones que, partiendo de una infancia serena y firmemente orientada al bien y a la virtud bajo la guía y el ejemplo de sus padres, lo habían empujado a abrazar la vida religiosa para consagrarse totalmente a Dios y a las almas en la joven Congregación Luquesa de la Bienaventurada Virgen y luego, delimitando mejor su opción religiosa, haciéndose colaborador incansable de San José de Calasanz en la fundación, difusión y consolidación de las Escuelas Pías.

Resultan, pues, claramente identificables en su vida tres períodos muy precisos, durante los cuales fue constante en Casani el ansia profunda de descubrir la voluntad de Dios respecto a sí mismo -hoy diríamos el proyecto de Dios sobre su persona- y de llevarla a la práctica en las diversas situaciones que le ofrecía la Divina Providencia, dispuesto siempre al sacrificio para desprenderse de las cosas y unirse a Dios con la práctica de virtudes heroicas: el de su *primera juventud* en el ambiente familiar (1572-1594); el de su *vida religiosa en la Congregación Luquesa* (1594-1617); el de su *vida religiosa en las Escuelas Pías* (1617-1647).

Ambiente familiar

(1572-1594)

Luca, la ciudad toscana celosa de su laboriosa autonomía, manifestada y garantizada por las sólidas murallas que la circundan por todas partes (todavía hoy son su orgullo y su símbolo), fue la ciudad de su infancia y juventud. Pedro fue el único hijo de los esposos Gaspar Casani e Isabel Drago, pertenecientes ambos a familias bien acomodadas de la antigua nobleza. El mismo día de su nacimiento, 8 de septiembre de 1572, recibió el bautismo en la iglesia de los Santos Juan y Reparada, que junto con el Convento de San Francisco de los Menores Observantes y la iglesia parroquial de Santa María de Corteorlandini, fue particularmente querida por Casani, como punto de referencia de su vida de muchacho y de joven.

Toda ella transcurrió, efectivamente, en una total serenidad, bajo la cuidadosa vigilancia de sus padres (del padre se recuerda, en particular, su *“terribilísimo temperamento”*, es decir, la intransigente severidad de su vida cristiana), entre el estudio, la frecuente asistencia a las funciones sacras, sobre todo en la iglesia parroquial, y las devociones domésticas. Nada de particular destacan los biógrafos de Casani en estos años juveniles, a no ser su innata bondad de ánimo, la sencillez y moderación de su vida, la notable sensibilidad hacia los pobres y necesitados, la inteligencia despierta que manifestaba ampliamente en los estudios, incluso en música, siguiendo la costumbre de las familias acomodadas del tiempo. En fin, un buen muchacho sin problemas, que se preparaba responsablemente para una vida digna según las buenas tradiciones de familia.

Pero en el fondo de su conciencia maduraba algo que, al terminar sus estudios superiores de filosofía y teología en el Convento de San Francisco, concluidos brillantemente cuando tocaba los 20 años, hacia 1592, le hacía entrever otros caminos y le movió, en abril de 1594, a tomar una firme e irrevocable decisión, que daría un vuelco a su vida, totalmente imprevisto aún para las personas que él trataba asiduamente.

En 1591 había perdido la madre, de 50 años, constatando con una visión profunda de fe «su dulcísima muerte», como escribió él mismo; el padre, totalmente íntegro en su vida personal y en la administración de los bienes familiares, que había perdido la vista como consecuencia de una grave enfermedad, estaba más cerca de su hijo con el silencio laborioso que con los consejos de palabra. Sus confidentes discretos, pero estimados, fueron los amigos del Convento de San Francisco y de la parroquia de Santa María de Corteorlandini. Cada vez era más rara su presencia en sociedad, en los ambientes frecuentados por jóvenes de su edad, sobre todo después de la pesada broma de algunos amigos que le hicieron encontrarse solo ante una muchacha agraciada e insinuante en ocasión de probar un instrumento musical, fabricado por él mismo, en una sala del palacio familiar de un amigo. El salto por la ventana para huir de la evidente tentación contra la castidad, que él consideraba un tesoro, se puede considerar, en cierto modo, como el preludio de otro salto más peligroso, que iba a dar dentro de poco, escogiendo decididamente la vida religiosa y el sacerdocio.

En la Congregación Luquesa *(1594-1617)*

Abril de 1594 - 22 años aún no cumplidos: - «Plugo a Dios en este año mover el ánimo de un joven que desde niño fue educado con los nuestros por ser de la parroquia, hijo del buen Gaspar, llamado el ciego... y dado que su vocación se consideró milagrosa, sobre todo teniendo un padre de terribilísimo temperamento, no creyeron los nuestros que fuera necesario el rigor de la acostumbrada prueba de los seis meses y le dieron el hábito el lunes después del domingo de la libertad. Dio luego óptimo resultado, persuadiendo incluso a muchos para la vida religiosa hasta el extremo de que su mismo padre, aunque ciego, se decidió a entrar entre los nuestros». Así habla de Pedro Casani en sus «Crónicas» el P. César Franciotti, uno de los primeros compañeros de San Juan Leonardi.

En la mencionada cita encontramos elementos interesantes que ponen de relieve el carácter excepcional de esta vocación: «fue educado con los nuestros... su vocación se consideró milagrosa... le dieron el hábito sin el rigor de la acostumbrada prueba de los seis meses... dio luego óptimo resultado... persuadiendo a muchos para la vida religiosa... su mismo padre, aunque ciego, se decidió a entrar entre los nuestros».

Puede ser interesante recorrer este segundo período de la vida de Pedro Casani (1594-1617), partiendo precisamente de estas expresiones del P. Franciotti, que conservan todavía hoy toda la frescura de la crónica viva.

«Fue educado con los nuestros por ser de la parroquia». La parroquia a la que pertenecía la familia Casani, era la ya mencionada de

Santa María de Corteorlandini, encomendada desde 1580 a los «Sacerdotes Reformados de la B. Virgen», como se llamaba al principio la Congregación fundada en Luca (conocida por ello como «Congregación Luquesa») en 1574 por San Juan Leonardi, que luego en 1621 se convierte en «Orden de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios». Esta parroquia -como hemos dicho antes- fue, junto con el ambiente familiar, la primera Escuela de formación espiritual del muchacho y joven Pedro Casani. En la familiaridad con los religiosos de la B. Virgen encontró guía segura para su formación espiritual y orientación para la opción decisiva de su vida.

El empeño asiduo en la perfección religiosa y el apostolado pastoral para la salvación de las almas, que eran las características fundamentales de la joven Congregación Luquesa, fueron también el ideal de Casani desde abril de 1594. Se había preparado lentamente, con mucha discreción, casi sin darse cuenta él mismo y ciertamente sin particulares manifestaciones exteriores, de modo que cuando, al terminar sus estudios universitarios, pidió entrar en el noviciado, su decisión fue considerada como «vocación milagrosa». Pero, aunque inesperada, aquella decisión fue acogida con satisfacción y debidamente apreciada, y la preparación del joven Casani («educado con los nuestros») se consideró plenamente suficiente, hasta el punto de dispensarle del «rigor de la acostumbrada prueba de los seis meses», presentada por la Regla del Instituto. Admitido al hábito religioso el 16 de abril del mismo año 1594, hizo el noviciado bajo la dirección del P. Juan Bautista Cioni, uno de los primeros compañeros del Fundador y maestro insigne de espíritu, cuyo influjo, más que de estímulo fue de freno para el ímpetu generoso del joven Casani.

Se abrió, con ello, un nuevo período de su vida, sobre el cual el P. Franciotti destacó tres aspectos que creemos particularmente significativos, no obstante, su rigurosa concisión: *a) dio óptimo resultado; b) persuadió a muchos para la vida religiosa; c) hasta su anciano padre, ciego, le siguió en la misma Congregación.*

Su padre, Gaspar Casani, vistió el hábito religioso en agosto de 1610, emitió los votos el día de la Epifanía de 1613 como Hermano lego y murió como buen religioso diez años después, en 1623. Dejando aparte esta singular «conquista» familiar, que hace pensar en una sublimación de la piedad filial, capaz de arrastrar a personas queri-

das en la propia experiencia de fe, la fascinación por la vida religiosa, que se desprendía de las palabras y del ejemplo de Casani, fue una atracción irresistible para muchos jóvenes. Lo fue durante los primeros años de su apostolado sacerdotal en la Congregación Luquesa, y también, cuando el Señor le asignó otro campo de trabajo en las Escuelas Pías.

Hay que subrayar desde ahora este don que Dios concedió a Pedro Casani, de «persuadir a muchos para la vida religiosa», porque, como veremos mejor luego, constituyó uno de los rasgos más característicos de su personalidad y de su apostolado, un auténtico carisma que él supo usar fielmente en su vida. La entrega total a la consagración religiosa, que concibió y puso en acto como una radical adhesión a Cristo con un consiguiente y riguroso apartamiento del mundo, apareció como un elevado ideal a seguir, sobre todo porque iba acompañado de un coherente testimonio de vida y lo proponía a los jóvenes como orientación en el período de formación y como opción definitiva de vida. De aquí nace su preferencia por el apostolado entre los jóvenes, para los que instituyó en Luca, en 1604, una cierta forma de congregación mariana llamada *Congregación de Nuestra Señora de las Nieves*, de la que salieron numerosas vocaciones religiosas, y a los que sucesivamente dedicó sus mejores energías como maestro de novicios y profesor de filosofía y teología de los jóvenes clérigos. Con esta particular capacidad de comunicación con muchachos y jóvenes, que un testigo, personalmente ganado por él (P. Baltasar Guinigi), llamó «admirable talento para atraer a los jóvenes», podemos relacionar sin forzar los términos la definitiva opción por la educación que hará luego cuando se ponga en contacto con la excepcional experiencia educativa de José de Calasanz en el trienio 1614-1617, en Roma.

Pero volvamos a Luca, donde a finales de 1595, mientras continuaba con gran provecho el período del noviciado, tuvo la oportunidad de acercarse de modo directo y personal al Fundador, P. Juan Leonardi, llegado de Roma, donde residía forzosamente desde hacía más de cinco años en una especie de destierro por motivos político-religiosos, que le impedían el regreso a la patria. El P. Leonardi intuyó las dotes excepcionales del joven Casani y su entusiasmo por la vida religiosa y al volver a Roma el marzo siguiente se lo llevó consigo con el pretexto de mejorar su estado de salud, pero en realidad para

poder hacer ciertas experiencias para el bien de la misma Congregación. La ocasión se presentó casi inmediatamente, cuando el P. Leonardi recibió del Papa Clemente VIII el encargo de «visitar» la Congregación de Monte Vergine, en el Reino de Nápoles, después de la feliz conclusión de la precedente «visita» por él realizada a la «Madonna dell' Arco», en el mismo territorio del Reino de Nápoles a fines de 1592. Era una misión delicada y difícil para la que el P. Leonardi se hizo acompañar de Casani como secretario y notario. Esta primera experiencia al lado del Fundador, que como Visitador y Reformador iba a poner orden en una Congregación religiosa lanzada a la deriva por graves faltas de observancia regular, tuvo que ser excepcionalmente útil para nuestro Casani haciéndole apreciar, a él que todavía no había emitido sus votos religiosos, las ventajas de una severa regla de vida, que iba él madurando cada vez más para sí mismo y para la propia Congregación.

Una segunda experiencia del mismo género, siempre al lado de Leonardi en la visita apostólica a los monjes de Vallombrosa en 1601, cuando era ya profeso y sacerdote, lo confirmó en la misma convicción, que lo guió luego en el resto de su vida tanto a nivel personal cuanto en el empeño de contribuir a fijar normas y reglas para la vida de la propia Congregación. Probablemente estas experiencias no comunes están a la base de la futura opción de vida y de un proyecto propio de vida religiosa, titulado *Pussilli Gregis Idea*, que elaboró más tarde, cuando se debatía la difícil cuestión de fundir definitivamente en una sola la Congregación Luquesa y la de las Escuelas Pías. De él escribirá más tarde el P. Guinigi: «tenía siempre pensamientos de mayor estrechez de estado... y aspiraba a una vida más rigurosa..., trataba siempre de un estado más perfecto... y de pobreza más estricta».

Mas en este período ocurren otros importantes sucesos en la vida de Pedro Casani: su profesión religiosa, hecha en Luca en el otoño de 1597 (acababa de volver de Nápoles, donde había recibido la tonsura y las primeras Órdenes Menores en los intervalos de la Visita a Monte Vergine) la Visita a dicha Congregación, llevada a cabo por el Fundador Leonardi y él como secretario, entre finales de 1597 y primeros meses de 1598; y su salida para Roma, donde fue llamado por el mismo Leonardi para que se dedicara al estudio de la teología tomista en el Colegio Romano de los Jesuitas con miras a su orde-

nación sacerdotal, que recibió el 23 de septiembre del Año Santo 1600 en la Basílica de San Juan de Letrán. Los datos escuetos que tenemos sobre este acontecimiento de su vida (solemne celebración presidida por el Vicegerente de Roma, Mons. Leonardo Abel, y numerosos clérigos de varias congregaciones no nos autorizan a añadir reflexiones arbitrarias. Pedro Casani era un joven religioso de 23 años apenas cumplidos, sacerdote con un ansia inmensa de ejercer su apostolado dondequiera le mandaran los Superiores: esto sí que lo podemos afirmar con toda sencillez.

Hasta 1614 Luca y Roma, pero con presencias esporádicas en otras ciudades con misiones especiales, serán las sedes de su labor religiosa y sacerdotal, que se desarrolla en dos precisas direcciones: hacia el interior de la Congregación para su consolidación institucional (Reglas, Constituciones, Congregaciones Generales, Dietas, enseñanza a los clérigos estudiantes, diversos encargos de responsabilidad del gobierno ...) y hacia el exterior, en el cuidado pastoral de las almas (predicación, confesiones, asistencia espiritual sobre todo a los jóvenes, para los cuales, como ya hemos dicho, instituyó en Luca la Congregación de Nuestra Señora de las Nieves).

La muerte del Fundador Juan Leonardi, ocurrida en Roma en olor de santidad el 9 de octubre de 1609, debió causar grave dolor a nuestro Casani, que había estado tan cerca de él, sobre todo con una profunda sintonía espiritual. Pero no disminuyó su celo religioso-sacerdotal. La singular «Misión de Sospello», pueblo de Saboya, en la que participo Casani en mayo de 1613 junto al nuevo Superior General de la Congregación, P. Alejandro Bernardini, con la perspectiva de una probable fundación en aquel lugar, constituyó un ejemplo significativo de su celo apostólico, que el mismo Bernardini describe con detalles minuciosos.

Hemos dicho más arriba «hasta 1614», porque ese año trae consigo un viraje importante en la vida de Pedro Casani. Se abre para él, y no sólo para él, una nueva experiencia en la cual, en los designios de Dios, estaba llamado a compartir su vida con la de otro apóstol que desde hacía más de 15 años había emprendido en Roma una nueva «revolución social y religiosa» con el fin de liberar de la ignorancia y de los peligros de la calle a los niños pobres, ofreciéndoles «instrucción y educación en la piedad y en las letras». Y éste era José de Calasanz. Ya lo hemos nombrado en páginas anteriores, pero ahora

es el momento histórico, o mejor, la circunstancia providencial, que hace entrar a Casani en la órbita - diríamos hoy de Calasanz. Es la ocasión, además, para esbozar brevemente su figura y su obra.

En dos palabras: las Escuelas Pías, que desde hace unos años ofrecen a los niños pobres de Roma un verdadero y propio ambiente escolar y educativo -totalmente gratuito-, se han trasladado en 1612 al Palacio Torres, contiguo a la iglesia de San Pantaleón, a un paso de Plaza Navona. José de Calasanz, el sacerdote español que 15 años antes las había abierto junto a la parroquia trasteverina de Santa Dorotea («la primera escuela pública, popular, gratuita de Europa», escribirá luego Ludwig von Pastor en su monumental *Historia de los Papas*), decide reforzar el grupo de generosos que comparten con él la difícil obra educativa y que constituyen de hecho la pequeña «Congregación secular de las Escuelas Pías». Trata el asunto con el Cardenal Benito Giustiniani, (ya amigo y confidente de Juan Leonardo), y deciden pedir la colaboración de los religiosos luqueses de Santa María in Portico, después de haber hablado informalmente con el P. Bernardini, Superior General. Hace de intermediario el mismo Cardenal Giustiniani. La idea es acogida favorablemente y comunicada al papa Pablo V, quien promulga un Breve, comprometiendo a la Congregación Luquesa (que desde este momento se llama «Congregación de la Madre de Dios») a hacerse cargo de las Escuelas Pías, quedando como Prefecto de las escuelas el mismo Calasanz mientras viva.

Estamos en enero de 1614, cuando el refuerzo de los religiosos luqueses entra en San Pantaleón, primero entre todos Pedro Casani, que manifiesta su gran satisfacción por el nuevo apostolado, invitando a su padre a orar a Dios para que «me dé espíritu y luces para cumplir su voluntad en todo aquello que se dignen encargarme los Superiores» (Carta a su padre, con fecha del 25.1.1614). En realidad, se abría una nueva etapa en su vida, en la que se entregaría totalmente a una «obra altísima y sobre todo utilísima no sólo en Roma, sino en todo el mundo»; en esta obra, sigue escribiendo en la misma carta a su padre, «se enseña sin recompensa alguna a todos los niños pobres de Roma no sólo la gramática, sino también a escribir y hacer cuentas y a vivir cristianamente haciéndoles exhortaciones con frecuencia, y a confesar y a comulgar y enseñándoles la doctrina cristiana». Una obra, en fin, de la que «saldría la reforma de la Iglesia».

Desde este momento todas las energías físicas y espirituales de Casani serán empleadas para trabajar en esta obra de Calasanz, para potenciarla, primero como Rector de San Pantaleón en el trienio de esta original experiencia de unión entre la Congregación Luquesa y las Escuelas Pías (1614-1617), luego quedando definitivamente al lado de Calasanz como su principal colaborador, cuando el experimento de la unión llegue a su fin, debido a las no pocas dificultades que hicieron imposible su continuación.

Mientras tanto, es interesante poner de relieve la intensa actividad desarrollada por Casani en este trienio. Quedando en manos de Calasanz la dirección de las escuelas, Casani, como Rector de la comunidad compuesta por 20 miembros de las dos Congregaciones, tuvo que preocuparse de la organización comunitaria y de la administración, asignar, tareas a cada uno de los religiosos, confiar a los Padres de la Congregación Luquesa la labor pastoral de los alumnos y el ejercicio del sagrado ministerio en la iglesia. Él mismo tuvo parte importante en la preparación de las prácticas religiosas y en la administración de los sacramentos a los alumnos que, según anota en sus «Crónicas» el P. Bernardini, habían pasado de 800 a 1.200. Fue iniciativa de Casani la institución de las Cuarenta Horas y otras prácticas de piedad en la iglesia de San Pantaleón. Pero después del primer entusiasmo surgieron también las primeras dificultades de carácter comunitario y apostólico, mientras se trataba de obtener del Papa la elevación a Orden Religiosa.

La brevedad de estas páginas no nos permite seguir las incidencias de esta singular experiencia de unión. Lo cierto es que, hacia finales de 1616, sobre todo por la actitud de los religiosos luqueses, que consideraba contrario a su carisma institucional el abandono casi absoluto del apostolado pastoral en iglesias y parroquias para concentrar su actividad en la labor de las escuelas, se pidió la separación de ambas instituciones. Y fue sancionada por Pablo V con el Breve *Ad ea per quae* del 6 de marzo de 1617, que constituye el acta de nacimiento de la Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, dedicada por completo a la instrucción y educación de los niños, según el pensamiento originario de Calasanz.

Pedro Casani se sintió particularmente atraído por la novedad del apostolado educativo de Calasanz y al darse la separación optó por

las Escuelas Pías, seguido por un grupito de compañeros luqueses, que en aquellos momentos difíciles fueron una preciosa ayuda para la obra calasancia.

A reforzar la opción de Casani por las Escuelas Pías contribuyó no poco otro aspecto que veía plasmado en la experiencia y testimonio vivo de Calasanz y que encontraba plena resonancia en sus ideales de vida consagrada: una rigurosa pobreza religiosa. Calasanz, que había abierto sus Escuelas Pías para los niños, sobre todo pobres, de Roma (y en los primeros años se les exigía el «certificado de pobreza», firmado por el párroco, para ser admitidos), sostenía que la dedicación a los pobres exigía un testimonio coherente de pobreza en los maestros, que él quiso dispuestos a una efectiva práctica de la pobreza evangélica.

Y fue precisamente este aspecto, junto con el de la entrega al apostolado de la educación, lo que diferenció en adelante, en forma definitiva, las dos congregaciones religiosas, que en 1617 fueron reconocidas casi al mismo tiempo con sendos breves pontificios: la «Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios», la de Juan Leonardi, y la «Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías», la de José de Calasanz. La primera, dedicada, según el carisma de Leonardi, al apostolado sacerdotal con un renovado impulso pastoral por la salvación de las almas mediante la predicación y administración de sacramentos en iglesias y parroquias; la segunda, según el carisma de Calasanz, que se iba vigorizando cada vez más claramente, dedicada a la educación cristiana de los niños, sobre todo de los pobres, mediante la instrucción en las escuelas, en una exigente vida de pobreza evangélica, que no desdeñaba siquiera el pedir limosna.

Ambas, por caminos y modalidades diversas, contribuirían, como lo siguen haciendo hasta hoy, a la evangelización y difusión del único Reino de Dios en el corazón de los hombres, y a la reforma de la sociedad.

En las Escuelas Pías

(1617 -1647)

Treinta años al servicio de un ideal: así se podría definir este último, largo período de la vida de Pedro Casani, en el que intentaremos conocer más de cerca su espiritualidad tal como se manifestó a través de acontecimientos que le llevaron a ocupar puestos de responsabilidad en situaciones y lugares diversos. Pero más que con estos sucesos, que se citan aquí sucesivamente, intentaremos delinear los trazos salientes de su profunda espiritualidad con los testimonios de sus contemporáneos y con los de su propia voz, en cuanto es posible recogerlos en sus propias cartas y en otros escritos suyos.

Cronología de los principales hechos de la vida del P. Casani en su vida escolapia

- 1617 Quizás en este año escribió el *Pussilli Gregis Idea*.
El 6 de marzo Pablo V instituye la Congregación Paulina de las Escuelas Pías con el breve *Ad ea per quae*.
El Beato decide formar parte de las Escuelas Pías.
El 15 de marzo renuncia a sus bienes en favor de los pobres y de la Congregación de la Madre de Dios.
El 25 de marzo recibe el hábito escolapio y toma el nombre de Pedro de la Natividad de la B. Virgen María.
El 20 de abril, en Frascati, emite la profesión religiosa en manos de Calasanz.
El 17 de julio, nombrado Maestro de novicios, se traslada a la casa de S. Onofre, en el Janículo.

- 1618 El noviciado se traslada junto a la iglesia de Santa María in Via, donde muere en olor de santidad el 15 de febrero Glicerio Landriani, asistido por el P. Casani.
En octubre se va a Narni, como Rector, para fundar una casa.
- 1620 Llamado a Roma, vuelve a ocuparse del noviciado, trasladado de nuevo a S. Onofre, en el Janículo.
- 1621 El 18 de noviembre Gregorio XV, con el Breve *In supremo apostolatus*, eleva las Escuelas Pías a Orden de votos solemnes.
- 1622 El 31 de enero son aprobadas las Constituciones de las Escuelas Pías.
El 20 de abril el P. Casani, junto con Calasanz y otros tres religiosos, emiten la profesión solemne en manos del moribundo Cardenal Miguel Angel Tonti.
El 30 de abril Gregorio XV nombra a Calasanz Superior General de la Orden y al P. Casani primer Asistente General.
El 7 de mayo el P. Casani, junto con Calasanz y los otros tres Asistentes, renuevan la profesión solemne en manos de Mons. Pedro Lombard en el oratorio del noviciado de S. Onofre, en el Janículo.
En septiembre el Beato es enviado a Savona para fundar una casa.
- 1623 El 10 de julio es nombrado Superior Provincial de la Provincia de Génova.
En octubre, en Careare, preside Casani el primer Capítulo Provincial de la Orden.
- 1624 En febrero, se traslada Casani a Génova al noviciado, en Oregina.
- 1625 Es llamado a Roma por Calasanz que le encomienda el noviciado de nuevo, situado en Quattro Fontane.
- 1626 Desde mayo se encuentra en Mesina, enviado por Calasanz como Superior de la comunidad, con miras a una nueva fundación.
- 1627 El 14 de abril llega a Nápoles, llamado por Calasanz, que le confía el gobierno de la casa de la Duquesa y le nombra Provincial de la Provincia de Nápoles.
En octubre forma parte en Roma de la primera Congregación General de la Orden.

- 1631 En octubre asiste al Capítulo General, convocado en Roma.
- 1632 El 21-1-1632 Urbano VIII con el Breve *Inscrutabili* nombra a Calasanz General vitalicio y a Casani Asistente General vitalicio, encargado de la Provincia de Nápoles.
Es de nuevo Maestro de novicios y reside en la casa de Quattro Fontane.
- 1634 Por orden de Calasanz visita Casani las casas de Génova.
- 1637 En agosto cumple una misión en territorio de Panano y en San Pellegrino in Alpe.
En octubre toma parte del Capítulo General en Roma.
- 1638 El 10 de abril es nombrado Comisario General para Alemania.
El 12 de mayo llega a Nikolsburg (Moravia).
- 1641 Vuelve a Roma, llegando el 21 de marzo, para asistir al Capítulo General.
- 1642 El 8 de agosto, junto con Calasanz, dos Asistentes, el Procurador y el Secretario General, es apresado y llevado al Santo Oficio.
El 30 de diciembre es nombrado Vicario General de la Orden el P. Mario Sozzi.
- 1643 El 15 de enero Calasanz es suspendido de su cargo de General y depuestos los cuatro Asistentes, Casani entre ellos. Se impone la Visita Apostólica a la Orden.
El 6 de marzo el somasco P. Agustín Ubaldini es nombrado Visitador Apostólico de las Escuelas Pías.
El 9 de mayo es nombrador Visitador Apostólico el jesuita P. Silvestre Pietrasanta en sustitución del P. Agustín Ubaldini.
El 11 de noviembre es nombrado Vicario General de la Orden el P. Esteban Cherubini.
- 1646 El 16 de marzo, con el Breve *Ea quae pro felici*, Inocencio X reduce la Orden de las Escuelas Pías a Congregación secular sin votos dependiente de los Obispos.
- 1647 En septiembre el P. Casani se encuentra gravemente enfermo en la casa de San Pantaleón.
La tarde del 17 de octubre, asistido por Calasanz y los demás hermanos, muere santamente el P. Casani, confortado por los últimos Sacramentos, en la casa de San Pantaleón.

El 18 de octubre es trasladado su cadáver a la iglesia.

El 20 de octubre es inhumado en tierra, en el presbiterio de la iglesia de San Pantaleón.

De esta síntesis cronológica es fácil deducir la intensa actividad del P. Casani en este período, totalmente dedicado a la consolidación y difusión de las Escuelas Pías en estrecha colaboración con el Fundador San José de Calasanz.

Roma, Génova, Nápoles, Moravia, son los lugares más relacionados con su actividad; pero también Narni, Frascati, Careare, Savona, Panano, Mesina y otras localidades le vieron promotor incansable de la obra calasanziana y vigilante custodio de la observancia regular. Sus dotes de mente y corazón fueron totalmente dedicadas a este fin, y desarrollaron además una profunda riqueza interior, que le llevó a la cumbre de la santidad mediante el ejercicio, muchas veces doloroso, pero siempre extraordinario, de las más elevadas virtudes cristianas.

Trazos salientes de su personalidad

Vamos a recoger ahora, los elementos esenciales de que disponemos, referentes a algunos aspectos particulares, enriquecidos por la palabra misma de Casani, que es el más indicado para hacernos comprender su alma y su espiritualidad. Hay que evitar, obviamente, el forzar todo lo que pudiera llevarnos a diseñar una figura «perfecta», pero alejada de la autenticidad histórica. La verdadera santidad cristiana, de hecho, no necesita tales extremismos, pues no se funda precisamente en la ausencia de defectos humanos, sino en la intensidad del amor de Dios que impregna el corazón del hombre y lo impulsa a obrar a mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo.

Total consagración personal a Dios en la vida religiosa

Es el aspecto que mayormente resalta en la vida de Pedro Casani y que constituye, por así decirlo, la esencia de su santidad, el motivo dominante de sus pensamientos y de sus acciones desde el principio de su opción por la vida religiosa, madurada en el secreto de su corazón joven. «Su vocación -lo hemos citado antes con palabras del P. Franciotti- se consideró milagrosa» por su improvisada manifestación en un joven de brillantes perspectivas humanas y dotado

de una inteligencia no común: constituyó una opción radical, que con el pasar de los años se intensificó cada vez más, marcando toda su vida y orientando todas sus opciones sucesivas.

Ciertamente, la experiencia vivida junto al P. Leonardi en las visitas apostólicas a los Monasterios de Montevergine (1596) y de Vallombrosa (1601) le brindó la oportunidad de profundizar los distintos aspectos de la vida religiosa y de hacerle apreciar más la necesidad de una fuerte coherencia entre el abandono del mundo, de las cosas, de las personas, y la nueva realidad de la vida religiosa que se abraza.

Estaba profundamente convencido de que el abandono de las cosas por amor de Dios debía corresponder en la vida religiosa la pobreza más estricta, sin remordimientos por lo que se había dejado ni nostalgias disimuladas. No concebía las medias tintas con las que se vuelve a veces sobre las cosas, considerándolas útiles para la misma causa de la vida religiosa. Oigamos su misma voz: «No quiero dejar de recomendar a V.R., como he hecho en otros escritos, en medio de tanta abundancia y concurso de limosnas, nuestra preciosísima suma pobreza, envidiada por los espíritus infernales que otras veces han estimulado a los hombres, como V. sabe, a dar grandes limosnas a los religiosos para quitarles de las manos esta rica joya» (22-2-1635).

Como ya hemos dicho, esta profunda convicción estuvo a la base de su decisión de pasar de la Congregación Luquesa a las Escuelas Pías al concluir el experimento de unión del trienio 1614-1617. Así lo intuyó expresamente el P. Carloantonio Erra, historiador de dicha Congregación, afirmando: «El P. Casani no salió por ningún disgusto, sino por deseo de vivir con aquella extrema pobreza y austeridad que fue introducida desde el principio en las Escuelas Pías». Por tanto, tuvo que gozar muchísimo con Calasanz y sus primeros compañeros cuando en el Breve de fundación de Pablo V, *Ad ea per quae* (6-3-1617), fue reconocida la «suma pobreza» como nota distintiva de la nueva Congregación: «Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías», cuyo «voto de pobreza -decía- introduzca en ellos la suma pobreza, tanto en particular como en común». Del adjetivo «pobre» quiso apellidar su propio nombre, firmando siempre sus cartas así: «Pedro Pobre». «Pobres» fue también el nombre que quería dar a los Religiosos en su mencionado proyecto de Constituciones «Pussilli Gregis Idea».

Mas no era sólo cuestión de nombres. Su pobreza fue efectivamente radical, como hacen notar sus contemporáneos, y así la recomendaba también a sus hermanos en Religión: «La ardentísima caridad de Jesucristo, Salvador nuestro, haga a V.R. cada día más enamorado de la santa Pobreza, Suma, Evangélica» (20-6-1619). Y en las ordinarias estrecheces de la vida religiosa veía la voluntad de Dios de «que nos ejercitáramos en la Santa Pobreza».

Además de la renuncia a las cosas, la consagración religiosa -lo sabía bien Casani- lleva consigo el apartamiento de las personas y del propio cuerpo con el consiguiente voto de castidad, que él observó con ánimo íntegro y con el rigor de sus propias costumbres.

Algunas situaciones desagradables que tuvo que afrontar en el cumplimiento de sus deberes de Superior por faltas graves de algún religioso en esta delicada materia, le confirmaron, si hubiera sido necesario, en esta rígida ascesis, tanto más necesaria cuanto más expuesto se está al peligro. «No os olvidéis, hermano queridísimo -recomendaba en carta del 23-3-1624- de la guarda continua de vuestros sentidos, de la que depende vuestra perseverancia». Y si fue siempre comprensivo de las debilidades humanas, se mostró categórico con los responsables de «violiar la Castidad y la Pobreza». Sólo en estos casos concedía a los Superiores en su «Pussilli Gregis Idea» la facultad de imponer penas a los culpables «no excluida la expulsión de la Religión».

Para completar estos datos sintéticos que definen su radical consagración religiosa, he aquí sus palabras de absoluta e incondicional obediencia: «Estoy y quiero estar -como me ha parecido estar siempre- en manos de mis Superiores. Y he referido al P. Rector totalmente, no sólo lo que hago, sino también mis pensamientos», escribía en una carta del 14-5-1611, cuando estaba todavía en la Congregación Luquesa. Más tarde confirmará esta convencida actitud en las Escuelas Pías con expresiones como éstas, frecuentes en sus cartas a Calasanz: «Yo soy súbdito, siervo e hijo de V.P.» (3-5-1631); «Estoy preparado a las insinuaciones de V.P.» (29-1-1633); «Mi regreso está en manos de V.P.» (5-3-1633). Y aun cuando, por ciertas divergencias de opinión sobre algunos asuntos internos de la Orden, sus relaciones con Calasanz sufrieron ciertos altibajos, que le llevaron a encerrarse en un reservado silencio hasta respirar pesimismo acerca del porvenir de las Escuelas Pías, nunca sufrió menoscabo su espíritu de obediencia, que fue siempre pronto e incondicional.

Al fin, junto con Calasanz, fue sometido a la durísima prueba de la incomprensión, de la sospecha y de la desconfianza, por parte de las autoridades supremas eclesíásticas, por una serie de acontecimientos que perturbaron durante algunos años la paz interna de la Orden, coincidiendo más o menos con el último decenio de su vida (1635-1647). Aun entonces su actitud aun en medio del dolor, fue de obediencia unida a la firme confianza en la ayuda de Dios.

Testimonio de santidad y esfuerzo por comunicarla a otros

La práctica de los consejos evangélicos en que se basa la consagración de la vida religiosa sería una mera formalidad externa, e incluso estéril, si no estuviera animada por una profunda experiencia interior de todas las virtudes humanas y cristianas, en las que consiste la perfección evangélica. Esta experiencia fue vivida por Casani en toda su vida y alcanzó el grado de heroicidad propia de los santos, como lo atestiguan unánimemente sus biógrafos y cuantos tuvieron ocasión de acercarse a él durante su vida.

La voluminosa y escrupulosa documentación, presentada para su proceso de canonización, pone de relieve sus virtudes en el contexto de una personalidad rica en dotes humanas, que lo hacen apreciar y estimar por cuantos se le acercan. Es un hombre de palabra fácil en la conversación y en el púlpito, afable no obstante su radicalidad sin compromisos, siempre disponible para resolver casos de conciencia y para orientar a quien se dirige a él pidiendo consejo, incansable en el cumplimiento de sus deberes, aun en los momentos difíciles.

«En el aspecto religioso brillan en él una fe invicta, una esperanza firmísima en la Providencia, una caridad ardentísima para con el prójimo en lo temporal, que se traduce en celo vivísimo de las almas juveniles, de las esposas de Cristo y de los herejes. Pero de un modo especialísimo caracterizan al Siervo de Dios, junto con el amor a la Cruz y a María Santísima, su amor inmenso a la suma pobreza y a la santa humildad, virtudes hermanas e indispensables para poder servir a Cristo pobre en los niños pobres e ignorantes, y asegurar a éstos el triunfo de sus derechos a la educación e instrucción, palanca única para su promoción humana, religiosa, cultural y social».

En esta síntesis, sacada de la introducción a la «Positio super virtutibus» (I, p. XI) podemos ver los aspectos esenciales de la santidad de

Pedro Casani, que un análisis detallado de su vida nos los pondría aún más de relieve, como resulta en el citado volumen del que entresacamos solamente algunos títulos: Fe (Dios, Santísima Trinidad, Verbo Encarnado, Biblia, Providencia, Santos, Iglesia...), Esperanza (en las enfermedades, en la pobreza, en las tribulaciones y persecuciones), Caridad respecto a Dios (Eucaristía, Pasión del Señor), Amor filial a María, Caridad respecto al prójimo, celo por las almas, Prudencia, Justicia, Fortaleza (magnanimidad, paciencia y constancia), Templanza, Humildad, Pobreza, Castidad, Obediencia...

Un mosaico de hechos y de testimonios que dan una imagen muy definida, en tensión continua hacia la santidad, sobre el fundamento de una profunda humildad, que lo empuja hacia formas, quizá incluso excesivas, de rigor para consigo mismo. Lo reconoció él mismo, respondiendo a una observación del P. Alejandro Bernardini, Superior General de la Congregación Luquesa: «Ciertamente estaba equivocado por el ejemplo de los santos, quizás mal entendido y peor aplicado a mí mismo, al pensar firmemente que necesitaba sin comparación mayor estímulo que freno en la austeridad». Inocente confesión hecha en edad juvenil, siendo todavía religioso profeso en aquella Congregación, en la que se adivina su proyecto de imitar «el ejemplo de los Santos», que dice haber «mal entendido» y «peor aplicado» a sí mismo. En realidad, lo había entendido «muy bien» y «mejor aplicado», pues precisamente mediante esta santa imitación se había encaminado por el camino de la perfección evangélica.

Se dieron cuenta de ello sus Superiores en la Congregación Luquesa primero y luego Calasanz en las Escuelas Pías, al confiarle el delicado cargo de formar a los jóvenes religiosos, nombrándole repetidas veces maestro de novicios y profesor de filosofía y teología de los clérigos aspirantes al sacerdocio. Fue un oficio que cumplió sobre todo con el ejemplo de su propia vida, además de la solidez de su preparación filosófico-teológica. Nunca exigió nada a nadie sin haberlo experimentado antes en sí mismo. «Fueron tiempos heroicos - observa el P. Mario Carisio, su reciente biógrafo (1990)- los del noviciado bajo la dirección del P. Casani: el silencio era absoluto, la contemplación casi continua, la obediencia exacta, frecuentes las mortificaciones corporales, rigurosos los ayunos, las vigiliass... No existiendo aún Constituciones, cada uno de los novicios se dejaba contagiar por el fervor que emanaba de la persona del Maestro».

Entre «sus» novicios brilla la figura del Venerable Glicerio Landriani (1588-1618), uno de los más queridos compañeros-discípulos de Calasanz, que murió en olor de santidad, asistido por el P. Casani, en la Casa Noviciado junto a la Iglesia de Santa María in Via, el 15 de febrero de 1618, a la joven edad de 30 años; sus heroicas virtudes, reconocidas ya oficialmente por la Iglesia en 1931 (por lo que le dio el calificativo de «Venerable»: digno de ser venerado e imitado), son todavía hoy un ejemplo luminoso de apostolado educativo, sobre todo por la enseñanza del catecismo a niños, jóvenes y adultos, al que Landriani se dedicó con incansable celo antes de empezar el período del noviciado, como miembro de la Congregación secular de las Escuelas Pías.

Aun cuando no era el P. Casani el responsable directo de la formación de novicios y estudiantes, se preocupaba mucho de ellos y escribía con gran solicitud, invocando el sentir del Fundador: «Téngase particular cuidado de esos estudiantes, pues esa es la mente de nuestro Padre» (7-6-1624). Y de nuevo: «Yo considero más mía y más importante que ninguna otra preocupación el pensar en el noviciado, fundamento de la Religión... Deseo sumamente que forme a los novicios primero en sentir las cosas de Dios y tratarlas magníficamente y con devoción actual y en estar enamorados de la Santa Pobreza, a fin que se acostumbren a desear que todas las cosas que nos pertenecen, tanto en casa como en la iglesia se mantengan en el extremo que exige nuestra Suma Pobreza, y por consiguiente, que aborrezcan mucho todo aquello, por mínimo que sea, de lo que se puede razonablemente prescindir... » (22-9-1634).

La buena marcha de toda institución religiosa, repetía con frecuencia, se basa en la buena formación de los propios miembros. Así, pues, en Roma, en Génova, en Nápoles y luego en Moravia, una de sus «más importantes preocupaciones» fue precisamente la formación de los jóvenes religiosos, a la que atendía muchas veces personalmente, aun siendo Superior Provincial. Esta predisposición particular queda de manifiesto no sólo por el testimonio de quienes le tuvieron de maestro, sino también por el cuidado con que se dedicó a escribir las «Reglas de Novicios», probablemente en marzo-abril de 1617, al ser aprobada la «Congregación Paulina de las Escuelas Pías» el 6 de marzo de ese año. Se lo había encomendado el mismo Calasanz, que lo consideraba particularmente idóneo para este encargo, ofreciéndole la base de diez puntos fundamentales, por él pedidos como orientación para cumplir su cometido. Más tarde elabo-

ró también las «Reglas Comunes de los Pobres de la Madre de Dios», un cuadro precioso de referencia para la vida religiosa personal y comunitaria, impregnado de profunda espiritualidad, que ha dejado sus huellas durante siglos, prácticamente hasta el Concilio Vaticano II, en la formación de numerosas generaciones de escolapios.

Apostolado educativo: empeño por la promoción humana y la evangelización

La radicalidad de la experiencia religiosa de Casani y la santidad de su vida, además de su propia y personal participación en el misterio de la redención universal operada por Cristo, fueron dispuestas por Dios con una específica finalidad en el contexto general de la misión salvífica de la Iglesia: la del apostolado educativo, que tiende a la promoción humana de la persona y a su evangelización, para conseguir la salvación.

Esta específica misión se fue manifestando lentamente en la vida de Pedro Casani.

En un primer tiempo fue el apostolado sacerdotal, según el espíritu de reforma promovido y actuado por San Juan Leonardi, el que le absorbió todo su entusiasmo juvenil. Una pastoral dirigida a la salvación de las almas, sobre todo mediante la predicación y la administración de los sacramentos en iglesias y parroquias. Pero ya en ese contexto manifestó Casani una clara preferencia por los jóvenes, sobre los que ejerció, con la natural espontaneidad del amor, sublimado por la fe, una irresistible atracción, mostrando, como nos han dicho, «un admirable talento para atraer a los jóvenes». La fundación de la Congregación de Nuestra señora de las Nieves para muchachos y jóvenes de Luca, en su primera experiencia sacerdotal, es un claro indicio de esta preferencia.

Luego, el encuentro con Calasanz y con las Escuelas Pías, en Roma: su pronta adhesión a la unión de las dos Congregaciones en 1614 y, tres años más tarde, su decisión de proseguir el apostolado educativo en las Escuelas Pías. Fue una opción sufrida y ponderada, pero con la precisa intención de responder a la particular vocación que el Señor le manifestaba. No debió ser fácil para un joven religioso, que había estado unido por vínculos personales con el Fundador de la Congregación que le había acogido gozosamente en el vigor de su juventud, cambiar aquella experiencia religiosa, por otra parte,

dignísima. Entre los miembros de la misma Congregación, además de tantos queridos maestros de espíritu y tantos compañeros de juventud, dejaba también a su anciano padre Gaspar Casani, que había sido acogido desde 1610. Ningún motivo particular de incompreensión o disgusto parece haberle forzado a alejarse, habiendo mostrado siempre, por el contrario, gran interés y estima por sus ex-hermanos en Religión. Fue el amor por la «suma pobreza», pero también por el apostolado entre los niños «pobres» lo que constituyó para él como el empujón hacia las Escuelas Pías.

Un apostolado que él definió «obra altísima y sobre todo utilísima no sólo en Roma, sino en todo el mundo» y a cuyo servicio se dedicó sin reservas, seguro de responder a una precisa llamada del Señor. Y respondió plenamente, poniéndose a total disposición de la nueva familia religiosa y colaborando incansablemente con Calasanz para la consolidación y expansión de la obra.

Su gran mérito, podemos decirlo sin temor de exagerar, fue el de haber reconocido, apreciado y compartido la gran intuición de José de Calasanz: la reforma de la sociedad, objetivo principal de la iglesia postridentina, tenía que conseguirse a través de la educación de las conciencias. Lo cual podría efectivamente realizarse sólo partiendo «a teneris annis» (desde los tiernos años), extendiendo esta educación a quienes estaban privados de ella. No se dobla una planta robusta y ya plenamente desarrollada, pero se puede orientar fácilmente una planta pequeña y tierna cuando empieza a crecer. Y no sólo algunas plantas privilegiadas del jardín de Dios, sino todos los árboles, aun los más humildes, en el campo del Señor. Esta fue la intuición fundamental de Calasanz. De aquí, la necesidad de piedad y letras para todos, sobre todo para los pobres, desde su tierna infancia; esta escuela popular gratuita para la promoción de la persona y su evangelización.

Pedro Casani no sólo la entendió en su profunda esencia y en su realidad evangélica revolucionaria, sino que le fascinó y en el nombre del Señor, a sus 45 años, emprendió ese nuevo camino de la educación.

Es cierto que cuando se ofrecía la ocasión de hacer el bien a las almas no renunciaba al ejercicio del apostolado sacerdotal, aun fuera de la escuela, en la predicación, en las misiones populares, en las confesiones, en las cofradías, incluso en la administración de exorcismos,

pero siempre en un contexto permitido por la vida religiosa y sin perjuicio de sus compromisos primarios de apostolado educativo.

El papel que desempeñó, dadas sus peculiares cualidades, le llevó más a organizar la educación que a educar directamente, pues tuvo siempre en sus manos cargos directivos que no le consintieron un contacto continuo y directo con los muchachos: Pero la mayor parte de su tiempo lo dedicó a la preparación de los religiosos maestros, a la adecuación de locales y estructuras para la actividad escolar, a la predisposición del cuerpo docente y de los horarios escolares, a la selección -y aun personal composición- de textos escolásticos, a visitar las clases durante la actividad escolástica, a la preparación de manifestaciones o veladas juveniles de tipo académico, congregaciones, espectáculos... Un trabajo ingente de carácter funcional-organizativo, que llevó a cabo según las prescripciones de las Reglas y Constituciones, teniendo presentes también las indicaciones frecuentes y detalladas del mismo Calasanz, siempre relacionado con la promoción humana y la evangelización.

Casani no perdió nunca de vista esta finalidad esencial de las Escuelas Pías. Por ello, mientras daba gracias a Dios por los éxitos obtenidos (*Deo Gratias* es una de las expresiones con que termina casi todas sus cartas), se lamentaba también profundamente de los errores que advertía en la observancia de la vida religiosa con influjos negativos en la misma misión educativa. En este caso, cuando por ejemplo hay religiosos que «en las escuelas no hacen servicio a Dios y a las almas, sino todo lo contrario» (escribió en un memorial de data incierta, quizás de 1638), el mejor remedio es poderlos alejar. Su disgusto a veces llega al pesimismo, pero en los momentos más difíciles, cuando la obra parece a punto de naufragar por varias dificultades internas y externas de la Orden, se vuelve como el Heraldo, «el escribano» incansable de Calasanz (si no el autor directo) para mandar súplicas y memoriales a los supremos responsables de la Iglesia para salvar el peligro de la destrucción de un «Instituto verdaderamente dignísimo, nobilísimo, meritísimo, beneficiosísimo, útilísimo, necesarísimo, naturalísimo, razonabilísimo, aceptadísimo, dignísimo de agradecer y gloriosísimo», como ya en 1621 había sido definida por Calasanz la obra de las Escuelas Pías con estos acertados superlativos en el famoso Memorial al Cardenal Tonti para solicitar la aprobación pontificia.

Vuelven a ser actualísimos -en nuestra sociedad moralmente en desbandada- la voz y el ejemplo de estos Santos pionero~ de la educación cristiana de los niños. Todavía hoy, como ayer y como siempre, la reforma de la sociedad pasa por las aulas escolares para encontrar en ellas su más sólido fundamento: «en el ejercicio diligente de este ministerio - había escrito Calasanz en el proemio de las Constituciones de las Escuelas Pías- consiste la renovación de la sociedad cristiana... Pues, si los niños, desde sus tiernos años reciben una seria formación en la piedad y en las letras, es de esperar, sin duda ninguna, que será feliz todo el curso de su vida».

La insistencia con que hoy la Iglesia subraya la importancia de la Escuela Católica, como preciosa contribución a su obra de evangelización y a su misión salvífica, es la mejor confirmación de la validez del mensaje que la vida y obra del Beato Pedro Casani aportan hoy a los educadores y a cuantos se empeñan de corazón en el auténtico progreso de la Iglesia y de la sociedad.

Colaboración intensa con Calasanz para la consolidación y expansión de las Escuelas Pías

Hemos aludido ya varias veces a este dato notable en la vida del P. Casani, que constituye la nota dominante de sus últimos años: el papel que desempeña como primer y estrecho colaborador de San José de Calasanz a partir del trienio 1614-1617 en la consolidación y expansión de las Escuelas Pías. Rebuscando entre los datos de la síntesis cronológica arriba expuesta, podemos encontrar los siguientes elementos significativos: fue el primer Rector de la Casa de San Pantaleón durante el trienio de unión de la Congregación Luquesa con las Escuelas Pías (1614-1617); el primer Maestro de novicios (1617); el primer religioso después de Calasanz, en emitir los votos solemnes, apenas reconocida la Orden de las Escuelas Pías con Constituciones propias (1622); el primer Asistente General de la Orden (1622); el primer Provincial de la Orden en Liguria (1623); el primer Provincial de Nápoles (1627); el primer Comisario y Visitador General en Alemania (1638) y - podríamos añadir- el primero en seguir a Calasanz por las calles de Roma, como prisionero del Santo Oficio, el 8 de agosto de 1642, y en los dolorosos sucesos que siguieron...

Una larga serie de «primados», que no es ciertamente casual, si en los sucesos humanos, como creemos firmemente, tiene su interven-

ción la Divina Providencia. Al sincero y profundo amor de Casani por la radical pobreza evangélica que le llevaba a pasar desapercibido y a la kénosis, respondía el designio de Dios, que le asignaba deberes de primer plano en el proyecto de consolidación y expansión de una obra evangélicamente nueva, cuyos difíciles pero fecundos comienzos había confiado el Señor a otro siervo suyo, también él ajeno a todo deseo de protagonismo. José de Calasanz, llamado por Dios para dar voz y corazón a los niños pobres de Roma desde el otoño de 1597, solamente después de haber solicitado e invocado la intervención de quienes creía los más indicados, se decidió a llevar a cabo su santa obra, temiendo por sus fuerzas pero confiando firmemente en la Providencia, renunciando a toda perspectiva de carrera humana, porque -decía- «he encontrado en Roma el mejor modo de servir a Cristo ayudando a estos pobres muchachos, y no lo dejaré por nada del mundo».

Es la lógica del Evangelio que trastorna los proyectos humanos y se sirve para la realización de los proyectos divinos de quien no se apoya en sus propias fuerzas, sino sólo en el auxilio de Dios. Y en esta lógica debe leerse el encuentro de Casani con Calasanz: una intervención providencial de Dios para sostener y reforzar una obra de evangelización en favor de los pequeños y de los pobres, los preferidos del Evangelio. Esta perfecta sintonía espiritual, este deseo común de despegarse de las cosas para servir a Dios en los pequeños y los pobres asoció a Casani con Calasanz, haciéndole su más válido colaborador, dispuesto siempre a todo sacrificio, incansable animador dondequiera le mandara Calasanz para difundir con nuevas fundaciones y con la formación de novicios y clérigos «este fructuosísimo instituto, tan aceptado y requerido en toda Europa» (1645). Con razón se le definía en la *Informatio super dubio* como «Divi Calasanzii dexterum brachium atque Ordinis illius columna et basis», esto es, «brazo derecho de Calasanz, columna y fundamento de su Orden» (Positio, 1915, p. 71)...

Los delicados oficios que se le asignaron -Maestro de novicios, Rector, Provincial, Asistente General, Visitador y Comisario General- los desempeñó con el mayor sentido de responsabilidad, con equilibrio y tacto al tratar con las personas y afrontar situaciones difíciles, pero sobre todo con profundo espíritu de fe y caridad. Era consciente de que su labor más que una contribución para una buena y eficiente organización era un servicio hecho a sus hermanos de vida consagrada para la santificación común y para un apostolado

fructuoso para los muchachos pobres. En el cumplimiento de sus funciones de responsabilidad parecía reflejar fielmente la recomendación hecha por él mismo a los Superiores en su «Pussilli Gregis Idea», ya recordado: «Exhortamos en el Señor a todos los Dirigentes de esta pequeña grey, rogándoles encarecidamente con religiosísimo ardor ante Dios, que en toda acción de gobierno hagan siempre uso de cristiana sencillez, de religiosa sinceridad y de pura bondad de ánimo, pues tal es de hecho la prudencia de los Santos». Y sigue poniendo de relieve los riesgos a los que puede exponerse un Superior: «Dejen muy lejos la doblez política, la astucia secular y aquella prudencia humana que S. Pablo llama "prudencia de la carne", declarándola constantemente enemiga de Dios; considérenla también verdaderamente enemiga de sí mismos».

Su participación en los primeros Capítulos Generales de la Orden, en los que se trataban cuestiones de capital importancia para la vida de las Escuelas Pías y para su futuro desarrollo, fue también una contribución de primer orden para la solución de los graves problemas que iban surgiendo con el aumento de la familia religiosa y la expansión de la Orden. Esta última, se presentó como un problema, un grave problema, que amenazó su supervivencia, aunque fueron en realidad otras causas mucho más graves y complicadas, las que provocaron la supresión de la Orden, o más exactamente su reducción a Congregación secular sin votos, como efectivamente ocurrió en 1646 por decisión de Inocencio X. Fue el período de la gran prueba, que no falta nunca en las obras de Dios.

Problemas relativos a las numerosas peticiones de fundación de casas y escuelas; a la escasez de personal religioso adecuadamente preparado para las funciones educativas y pastorales; a las relaciones internas entre las distintas clases de religiosos (sacerdotes, clérigos, operarios y legos), fueron motivo de preocupaciones, dificultades y vivas disensiones a varios niveles, con diferentes propuestas de solución. A ello se añadieron luego, por parte de algunos facciosos, celotipias, envidias, ambiciones personales con consiguientes críticas y graves calumnias, todo lo cual provocó la intervención de comisiones pontificias y de una visita apostólica, cuyos supremos responsables no siempre procedieron con la debida equidad y justicia, en descrédito de toda la Orden, de su Fundador y de sus más estrictos colaboradores.

«Nuevo Job» fue llamado, por ello, Calasanz, que fue suspendido primero y luego destituido de su cargo de Superior General y forzado a asistir, casi nonagenario, a la humillante reducción de la Orden en 1646. «Constantes estate et videbitis auxilium Dei super vos», escribía el Santo Viejo en su última carta autógrafa, el 20 de mayo de 1647, es decir, «Sed constantes y veréis el auxilio de Dios sobre vosotros», compendiando así su firme confianza en la Providencia respecto a la restauración de las Escuelas Pías a su antiguo rango de Orden de votos solemnes, como ocurrió después de su muerte.

¿Y Casani?

En un primer tiempo (1635-1638), cuando las dificultades eran sólo de carácter interno, prefirió limitar su intervención y quedar al margen: «Estoy tan confuso y mareado por las cosas de nuestra pobre Religión, que no sé ni dónde me encuentro... No me atrevo a pensar en lo que va a ser de nuestra Religión... Cuanto menos intervengo en nuestras cosas, tanto más tranquilo me quedo. Y en esta actitud pienso permanecer en adelante, mientras siga este nefasto influjo...» (18-6-1635). Y mientras tanto ora e invita a orar: «Espero en Dios, que dará fin a todo esto. No veo otra salida o remedio que la oración» (15-11-1635).

Más tarde, cuando los sucesos se convierten en una verdadera persecución contra el Fundador y las Escuelas Pías, Casani se pone al lado de Calasanz para defender su persona y la obra, suplicando con numerosos memoriales, escritos por él con su preciosa caligrafía, pero generalmente comunes a toda la destituida Congregación General, dirigidos al Papa, a varios Cardenales y altas personalidades influyentes, para salvar una obra tan santa, «que se conserve este instituto en la pureza en que se puso al fundarlo... la cual pureza consistió en la observancia de vida y en el modo de hacer las escuelas» (10-3-44). Y si alguna vez pareció sumido en el pesimismo respecto a la superación de aquellas graves crisis, intentaba superarlo en una dimensión de fe explícita:

«Este es el tiempo de la tentación, en el que el Espíritu Santo nos enseña a estar firmes y estables en nuestro puesto, hasta que pase la calamidad. Que no nos muevan las amenazas ni nos espanten las bravatas y todo se diluirá en la niebla... ; por el momento es necesario estar quietos, callar, hacer oración y esperar firmemente la ayuda de Dios» (12-2-1644).

Y más lapidariamente:

«Mejor dejar el asunto en manos de Dios, como piensa también el P. General» (12-12-1644); «después de haber perdido toda humana esperanza, esperemos solamente la ayuda divina, que no falta nunca a quien confía verdaderamente en ella» (5-5-1646); «Instemos al cielo con oraciones» (25-8-1646); «La paciencia y la oración pueden hacer mucho» (22-9-1646).

Llena de profunda esperanza y vibrante de fe en Dios es la carta del 7-1-1645, que escribió al P. Miguel Geisselbrunner, a Nikolsburg, donde él había estado siete años antes como Comisario General de la Orden, dedicándose con entusiasmo a reforzar la implantación de las Escuelas Pías y a promover obras de evangelización y conversión de herejes en toda la región circunstante. La citamos casi por entero, traducida del latín, considerándola el reflejo más auténtico de su ánimo en el último período de su vida:

«Aguantad un poco, carísimos hermanos, hasta que Dios, aplacado por vuestros trabajos y dolores soportados inocente y pacientemente, atenúe nuestros pecados y corone vuestra paciencia. Lo hará, ciertamente, lo hará, y mientras purga nuestros pecados, aumentará vuestra corona. ‘Portaos varonilmente y confórtese vuestro corazón y esperad en el Señor’ [Sal 26,14]. Os pido que no desfallezcáis en las tribulaciones, ‘sabiendo que la tribulación genera la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza y la esperanza no desengaña, pues la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que os ha sido dado’ [Rom. 5, 3-5]. ‘¿Acaso Dios estará eternamente enojado con nosotros o prolongará su ira de generación en generación?’ [Sal 84,6]. Confío que en breve convertirá esta tormenta en brisa y se acallarán las olas del mar... Me encomiendo a las oraciones de todos»

Conclusión

Cuando murió el P. Pedro Casani en la casa de San Pantaleón, en Roma, el 17 de octubre de 1647, Calasanz, que le había asistido en sus últimos momentos, al anunciar su «santa» muerte el día 19, confirmaba su profunda esperanza: «Esperamos que ayudará más a la Orden después de muerto, que en vida».

Es la esperanza de los santos, que va más allá de los horizontes humanos, presagiando en visión de fe profunda los inescrutables designios de Dios.

En esa misma carta comunicaba que «llevado el cuerpo a la iglesia, hubo durante todo el día del viernes un concurso innumerable de pueblo, y de las gracias que algunos han recibido no diré por ahora nada, salvo que fue necesario retirar el cuerpo dentro de casa para impedir tanta concurrencia». Y algunos días después escribía: «se tomarán en diversas partes informes sobre su vida y costumbres y los efectos que en muchos sitios han producido sus Breves [exorcismos compuestos por Casani] y parece que se ha despertado de nuevo una cierta esperanza del remedio necesario para nuestro Instituto. V.R. puede adelantarse buscando si hay personas que puedan declarar algo a este respecto, pues hemos obtenido licencia y facultad de Mons. Vicegerente» (26-10-1647).

Eran los primeros pasos, dados por el mismo Santo Fundador, José de Calasanz, para el proceso de Canonización de Pedro Casani, que hoy invocamos ya con el título de Beato.

Que esta auténtica riqueza de la Iglesia y de las Escuelas Pías circule entre nosotros, pueblo de Dios del 2000, y contribuya a alentar en todos «de nuevo una cierta esperanza del remedio necesario» para anunciar el Evangelio a los muchachos, mediante el testimonio de aquellos valores espirituales que pueden efectivamente infundir nueva confianza y nueva vida a la humanidad.

